

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX

● El semanario americano «Newsweek» anuncia que centenares de sudvietnamitas acomodados abandonan el país para trasladarse con sus familias al extranjero; los hay que pagaron más de medio millón de pesetas por un visado.



● El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Willy Brandt, se ha mostrado de nuevo partidario de la firma del Tratado de No-Proliferación nuclear antes de las próximas elecciones legislativas de septiembre.

● Israel solicitará de las comunidades judías en el extranjero que su contribución anual al estado de Israel pase de los 200 millones de dólares de 1967 a 400 millones.

● El gobierno de Bangkok (Tailandia) ha pedido permiso a Estados Unidos para retirar de Vietnam los 12.000 hombres que allí tienen, y emplearlos para hacer frente a la insurrección interior.

● Parece confirmarse el rumor según el cual el Vaticano habría puesto en venta importantes paquetes de acciones pertenecientes a una serie de sociedades italianas.



● Ante la dura oposición registrada por los sindicatos británicos, el primer ministro, Harold Wilson, ha decidido retirar el proyecto de ley contra las huelgas.

● Con la victoria aplastante de Ian Smith en el referéndum al que sólo tuvieron acceso los blancos, Rhodesia ha pasado a convertirse en república oficialmente racista.

● Una comisión de delegados de la oposición portuguesa llegaron al acuerdo, al término de una serie de reuniones, de presentar un bloque unido para las próximas elecciones.

● De acuerdo con una información publicada en el diario londinense «Sunday Times», el programa nuclear de China popular se encuentra en fase mucho más avanzada de lo que se cree en Occidente.

● Varios testigos griegos han declarado nuevamente ante la subcomisión de los Derechos Humanos, en Estrasburgo, sobre las diversas torturas a que fueron sometidos en las comisarías y cárceles de su país.

● Muy poco después de haber tomado posesión de la presidencia de la República, Georges Pompidou debe enfrentarse ahora a toda una serie de reivindicaciones laborales presentadas por los sindicatos.

● Nigeria ha permitido la apertura de una ruta fluvial para el transporte de socorros con destino a la población civil de Biafra, según informa Radio Lagos.

● De acuerdo con un informe hecho público por el Instituto Pastoral de Holanda, en los últimos cuatro años ha descendido considerablemente el número de sacerdotes en aquel país.

● En contra de la opinión de los socialistas, el canciller Kiesinger ha excluido nuevamente toda posibilidad de reconocimiento oficial a Berlín-Este.



● «Vuelvo a la lucha», declaró François Mitterrand después de semanas de silencio, al tiempo que anunciaba un «tour» de Francia para intentar de nuevo unir a la izquierda francesa.

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX

LOS QUE SE VAN

John L. Lewis, el último sindicalista americano



A los ochenta y nueve años, el viejo John L. Lewis se desplazaba en un Cadillac, con chófer de uniforme, que había puesto a su disposición el sindicato minero (UMW) cuando se retiró, en 1960, al cumplir los ochenta años, y vivía de la pensión sindical de 50.000 dólares anuales. Era la última recompensa a una vida dedicada al sindicalismo, en la que si hubo muchos errores hubo también una dedicación total. Lewis había sido derrotado ya hacía mucho tiempo. Le habían causado una herida profunda. Durante la segunda guerra mundial, Lewis había provocado una huelga en las minas de carbón y fue acusado de sabotear el esfuerzo de guerra del país y traicionar a los soldados que combatían en el frente. En vano explicaba Lewis que estaba seguro de que el carbón almacenado ya en la superficie era suficiente para cubrir todo el esfuerzo de guerra de los Estados Unidos y de sus aliados, que la huelga no afectaba para nada a la lucha y que era un puro problema entre trabajadores y patronos. «En nombre de los soldados americanos, John L. Lewis, ¡maldita sea tu alma de carbón!», titulaba a toda página el periódico del Ejército, «Stars and stripes». Se recordaba que Lewis había dirigido una campaña contra la entrada de los Estados Unidos en la guerra —la ovación que recibió su discurso contra Roosevelt duró cuarenta y tres minutos; le apoyaban los comunistas, que luego le abandonaron cuando Hitler atacó la URSS y se rompió el pacto germano-soviético— y se le acusaba de mantener el derrotismo. Lewis nunca se repuso de aquellos ataques. Había conseguido sus reivindicaciones salariales, pero había perdido la batalla nacional. El sindicalismo fue invadido por el

Estado, y la figura de Walter Reuther estaba ya prefabricada para sucederle. Lewis había trabajado en las minas desde los doce años, no pudo pasar de la escuela primaria y su cultura se la debió a una maestra de pueblo, Myrta Bell, con la que se casó después. Reuther había ido a la Universidad —clases nocturnas, mientras trabajaba en Ford— y era brillante, intelectual, eficaz. Lewis no tenía más fuerza que la de las huelgas. Reuther proponía un sindicalismo sin huelgas, con pactos. Cuando se votó la Ley Taft-Harley contra las huelgas, Lewis se opuso a ese texto «detestable y tiránico» y se encontró en minoría dentro de los sindicatos (los únicos que se opusieron siempre fueron los obreros tipógrafos). Cuando se decidió la expulsión de los comunistas de los sindicatos, Lewis se opuso y volvió a encontrarse solo: Reuther se encargó de la gran purga. Poco a poco, el sindicalismo americano se fue engrandando en la política general del Estado, alimentándose de tecnocracia y burocracia, mientras el viejo sindicalismo de combate que había representado Lewis se rechazaba en todos los niveles. Hacía ya muchos años que John L. Lewis era un superviviente de sí mismo, y contemplaba con amargura el «sindicalismo intelectual», como él decía. Probablemente, si a sus fabulosas condiciones de dirigente de masas hubiera podido añadir algo más del intelectualismo que despreció, la fuerza del sindicalismo obrero en el país central del capitalismo hubiera sido otra muy distinta. «He tenido la debilidad de admirar a mis adversarios», decía en los últimos años de su vida. Fue, probablemente, su única debilidad.

Emmanuel d'Astier de la Vigerie

Con un número especial de su revista «L'Evenement», Emmanuel d'Astier de la Vigerie anunciaba un renacimiento de sí mismo y de su pensamiento político: «El anciano vuelve a encontrar a los jóvenes. Los jóvenes ya no están huérfanos. El trabajo (y el poder de ser el mismo) depura todo, incluso la increíble distancia de las generaciones». Fue su último escrito. Ha muerto a los sesenta y nueve años de edad, llevándose consigo sus ilusiones y sus paradojas, la paradoja de haber sido laureado con el Premio Lenin de la Paz y de haber sido ministro de De Gaulle. El aristócrata D'Astier, que comenzó su vida como oficial de Marina, fue una de las personas que creyó en la gran esperanza que debía abrir al mundo la victoria sobre el nazismo. Quiso estar al margen de los partidos.

Abandonó el Ejército y la política directa, después de ser ministro del Interior con De Gaulle, para entregarse al periodismo. Su periódico «Libération» quiso ser independiente, y se sostenía como «republicano progresista», pero coincidía continuamente con las tesis comunistas. Su esposa era hija de un diplomático ruso. Con ella viajó a la URSS, conoció a Stalin y a los grandes dirigentes soviéticos de la época, y ha dejado de ellos prodigiosos retratos escritos, independientes y serenos. Su independencia le hizo perder el apoyo del partido comunista, sobre todo a partir de la época de Hungría. Sin el apoyo comunista, D'Astier tuvo que cerrar su periódico. Comenzó entonces un regreso hacia De Gaulle. Fue el único intelectual de la izquierda que tuvo uso libre de la